



Robin Myers  
Crónica. Noviembre de 2008

**“Ya voy para allá”  
Una crónica transitoria de la línea D**

Publicado en: *n*, volumen 8, primavera 2009

11 de noviembre de 2008

Hay un hombre que toca el acordeón cada mañana en la estación Olleros. Temprano—a las 8, 8:30. La gente de la línea D no le hace mucho caso. El río de trajes y tacones, de maquillaje meticuloso y cansancio habitual, sigue como siempre, un tanto desconcertantemente acompañado por las melodías insistentes de tango, de Broadway, de Bach. El hombre del acordeón mira fijamente a la gente, la que casi nunca lo mira. En lugares así, de paso, subterráneos, es fácil no escuchar lo que se oye; es casi una expectativa.

\*

Nadie se mira en el subte. (Esto es mentira). Nadie se debe mirar en el subte. (Esto es una regla no escrita ni dicha o, por lo menos, una costumbre que se advierte cuando se rompe, y se rompe seguido.) Todo el mundo se mira en el subte sin admitir que se están mirando y sin tener que admitirlo. No tienes que hacer nada si miras a alguien en el subte. No sabes qué hacer cuando alguien te mira en el subte. Apartas la vista, devuelves la mirada, la ignoras, te sonríes, te bajas, te vas.

\*

--¿Hola? ¿Hola? No te escucho. ¿Hola? Estoy en el Subte. ¿Jorge? ¿Hola?  
--6 mil, pero no creo que gane, ¿eh?  
--Y después me dice, mirá, te quiero pero no puedo seguir así, y le digo, che, de qué hablás, así *cómo*.  
--Señores y señoras, disculpen las molestias, pero les pido nomás un momento de su atención. Mi nombre es David y tengo SIDA.  
--*No* la defensa, la acusación. Una cagada total.  
--Mamá, me comprás un helado? Quiero un helado.

\*

Una mujer, jovencita, quieta y sonriente, con su bebé en brazos, está sentada junto a un hombre grande, con gafas, un periódico, el celular pegado tal vez permanentemente a la mano. Tiene una cara severa y pelo en los antebrazos como un oso. No habla, anuncia. “Sí. Sí. No. Estoy en el subte. Ya voy para allá. Sí. Sí. Escuchame, ya voy. Bueno. Ya.” La nena de la mujer lo mira solemnemente y con curiosidad, los ojos bien abiertos tratando de interpretar a este extraño ser que muy fácilmente podría ser otra especie de criatura distinta a ella. Hace un sonido inquisitivo en la garganta. El hombre corta y se da cuenta de que hay un testigo. Se miran los dos. La mamá espera, expectante. De repente la cara del señor se ablanda. El oso ya convencido a calmarse, a retraer las uñas de su hábito, se sonríe lacónicamente y, con algo de obligación, pero sinceramente, le da a la niña una caricia en el mentón. Los ojos de la nena se agrandan, la mujer se ríe, y el hombre levanta el periódico.

\*

Supuestamente no hay vendedores ambulantes en el subte—una suposición que, como la del contacto visual y la del principio conservador de mantener el espacio personal, no tiene nada que ver con su realidad. Medias, linternas, peines, gomitas, cuadernos de colorear (estos últimos son promocionados con una seriedad espantosa por un hombre de mediana edad, que explica a diario a la gente por qué vale la pena tener uno en su posesión a partir de ese preciso momento). Las transacciones son pocas; los intentos, constantes. Por lo general, un vendedor atraviesa el vagón del subte, dejando algo en las rodillas de toda persona que lo permita. A veces los que tienen los ojos cerrados ni siquiera los abren. Otros niega con un dedo. No. Si el subte es un lugar que es un no-lugar, estas son interacciones que son no-interacciones: mudos los vendedores, muda la gente que recibe (y no acepta, sin decir que no lo acepta) lo que se vende, rápidas las manos que distribuyen los objetos que son recogidos en menos tiempo de lo que dura el viaje de una parada a otra.

Una vez vi un niño--¿cinco años?, ¿seis?—haciendo la misma serie de gestos, pero repartiendo un beso en la mejilla en lugar de chicles o pilas o muñequitas. Se fue rápido por el vagón: beso, beso, beso. Algunas personas no reaccionaban ni se acercaban; otras sí; algunas se miraban, rompiendo el código, no sabiendo qué hacer. Ni sentir, tal vez. Algunos sí le daba monedas, quizás por la misma incertidumbre.

\*

--Papá, ¿ya llegamos? Ya?

--*Enséñameee a viviiiiir sin tiiiiii...*

--Sí, pero estaba buenísima, ¿sí me entendés? Flaquita, reee linda, y bueno, a ver que pasa cuando vaya yo a...

--Tanta gente. Cada vez peor. Antes de todo el quilombo de...

--Shit, are we going the right way? I don't think we're going the right way. Text Carrie, she'll remember which side we have to...

--¿Bajás? ¿Disculpá, bajás?

\*

Miro a un chico mirando a una chica que lo mira. Ella está sentada en un extremo del vagón; él, parado contra una de las puertas en el lado opuesto. Han aprendido bien el ritual. Una ojeada compartida y, después, ella baja la mirada, él voltea un poco la cabeza. Luego, unos momentos de contacto cierto, los ojos cerrándose a la distancia, sin admitir la ansiedad ni pedir disculpas con el cuerpo. Esta vez es él quien rompe el dulce limbo del instante y aparta la vista. Ella se sonríe casi imperceptiblemente, alerta, poderosa. Me imagino que podrían seguir así por horas, sólo porque el subte no los obliga a hacer nada, a

decir nada, a convertir el deseo leve en una intención, la que siempre es capaz de quemarnos. En una posibilidad suspendida, no hay que decepcionarse. ¿O sí? Porque la verdad es que, cuando la chica baja en Callao, moviendo el cabello de sus hombros y mirándolo por una fracción de un segundo con algo que no puedo evitar llamar ternura, el chico se ve casi triste. La casi-tristeza pesa igual que su forma madura, realizada, reconocida, permitida a vivir.

\*

Una mujer va de un vagón a otro, despacio. Son las 11 de la mañana, así que se puede respirar por lo menos un poco en la línea D. La mujer está ciega. Tiene una voz increíble: aguda, fuerte, penetrante. Ha inventado casi una rima para pedir lo que está pidiendo—“¿Quién quiere colaborar? Unos centavitos, lo que pueda dar”—después de presentarse al público que la ve sin que ella lo vea. Sus pasos son cortos y la gente hace espacio para que pase. Muchos le dan, y se escucha la percusión ligera de las monedas en la lata.

Una señora, vestida elegantemente y tan pintada para que parezca más joven que se ve más vieja, inclina la cabeza hacia mí. Huele insistentemente a perfume. Con la voz de conspiradora, de piedad y de desdén, me dice, “Entre los que venden y los que piden...” Qué hago, qué hago. Me ruborizo con enojo y vergüenza y no digo nada.

\*

*Rush hour.* ¿Quiénes son estas personas que tocamos sin conocerlas?—las espaldas pegadas, los codos chocándose, los mentones contra hombros forasteros, el maquillaje manchado, la música que se escapa de los audífonos e invade el aire, el sudor, el tuyo, el de no sé de quién—y ¿qué quiere decir este contacto sin hablarnos?, y ¿por qué esta firme negación de la mirada cuando estamos tan cerca que nos podríamos abrazar—y cuando en cualquier otra situación de tanta cercanía lo haríamos? El techo se vuelve fascinante, los carteles y anuncios y otras tonterías atraen los ojos de la gente rodeada de otra gente. No me mires. No te miro. A las 6 de la tarde, la intimidad de la línea D asfixia con su lejanía, a la vez deliberada e instintiva.

\*

--¿Quién quiere colaborar? Unos centavitos, lo que pueda dar.

--Che, boludo, haceme caso.

--*Cómo* que no te escucho, no seas ridículo, decíme.

--¿Dónde estamos? ¿Carranza?

--¿Dónde estás?

\*

Ayer vi en la calle a un hombre que había visto tres o cuatro veces en el subte hacia Catedral. A lo mejor es extraño que lo reconozca, pero a mí no me parece tanto. Después de todo, lo que experimentamos con mayor claridad en el subte son las caras de los demás, aunque no se pueda acordar mucho de lo que hagan, expresen, escondan.

El hombre está dando una vuelta con su perro por Federico Lacroze, por donde vivo yo. Es alto pero

no muy alto, joven pero no tan joven, con rasgos precisos y el pelo confidentemente despeinado. Lo escucho regalando unas palabras de ánimo al perrito. Lo paso y le miro directamente a la cara cuando levanta la cabeza.

Hay un momento en que quizás me reconoce, o quizás es que reconozca que lo reconozco yo. No espero ni hablo ni me sonrío, y tampoco él, aunque su expresión se mantiene abierta; el momento en que nos miramos existe y desaparece aun más rápidamente que algunos otros momentos que, de vez en cuando, se intercambian en ese otro lugar subterráneo y fugaz y constante en el cual he conocido la cara de un desconocido sin la mera intención de tratar de conocerlo. Sigo caminando. No se necesita un subte para entender que esto es lo que se hace. Cuando me paro en el semáforo y miro para atrás, veo que el hombre dobla a la izquierda y no lo veo más, como si bajara en Tribunales, como si por cinco minutos o para siempre. No se puede saber a esta distancia. Regreso a casa.